

EFRAÍN SÁNCHEZ HIDALGO, Ph. D.

*Catedrático de Educación
Universidad de Puerto Rico*

Ponencia presentada en la Octava Convención
de Orientación Social, celebrada en San Juan de
Puerto Rico del 15 al 17 de enero de 1954.

POSIBLES EFECTOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN *
RÁPIDA SOBRE LA FAMILIA
PUERTORRIQUEÑA

IGUAL que el individuo, la sociedad es un sistema de energía al que cualquier influencia que perturbe su equilibrio afecta totalmente. Los grupos y las personas no funcionan en un vacío, sino dentro de un campo con el que están en continua interacción.

Una de las afirmaciones que con mayor certidumbre pueden hacer las ciencias sociales es la de que el hombre nace, se desarrolla y vive en un ambiente cuyos cambios repercuten hasta cierto grado en aquél. Las alteraciones que sufre el medio se reflejan en la personalidad y la conducta de los individuos y los grupos que dentro de él funcionan.

En el ambiente puertorriqueño se ha introducido durante los últimos años un fenómeno novedoso, lleno de vigor y rápido

en su crecimiento: la industrialización. Si partimos de las premisas apuntadas en los dos párrafos anteriores, tenemos que sospechar cambios, no sólo en el ambiente total puertorriqueño, sino también en las instituciones y en las personas. Nuestra misión de hoy es considerar cómo está afectando la industrialización rápida a la familia puertorriqueña, teniendo en cuenta tanto los cambios de una índole psicológico-individual como los de una naturaleza colectiva.

El tema no es fácil. Requiere investigación y pensamiento reflexivo, encuadrando el esfuerzo dentro de un marco objetivo y científico. La tarea no es para realizarla una sola persona, sino que exige el enfoque coordinado y cooperativo de muchos investigadores.

Lo más que podemos hacer en este momento es conjeturar, basándonos hasta donde sea posible en nuestras observaciones, experiencias y lecturas, así como en los testimonios, muchos de ellos casuales, de otras personas. Queremos subrayar que lo que digamos sobre el asunto que nos ocupa no debe jamás entenderse en el nivel de los hechos. Meramente pretendemos formular un conjunto de hipótesis que quizás puedan servir de puntos de partida para futuras investigaciones científicas. A estas suposiciones nuestras les falta probar la contundencia de los datos. Son simples impresiones, recogidas al azar y no de una manera sistemática y organizada. Queda para lo futuro someter nuestras conjeturas y otras que puedan formularse al encontronazo con la evidencia, cuidadosa y sistemáticamente acumulada.

La industrialización rápida en Puerto Rico constituye un medio altamente recomendable y prometedor de resolver los problemas "clásicos" del hombre puertorriqueño. Además del conocimiento de las experiencias tenidas por otros pueblos con el fenómeno de la industrialización, contamos con la fe que siempre hace falta cuando se persiguen nobles propósitos. Sin embargo, conviene guardarnos del engaño de que todos los efectos de la industrialización van a ser indiscutiblemente ventajosos y positivos. No debemos permitir que nuestro sentimiento de

identificación con el empeño de resolver nuestros problemas mediante la industria oscurezca nuestro pensamiento hasta tal punto que nos hagamos de la falsa y peligrosa impresión de que todos los cambios han de ser favorables. Tal supuesto, originado en una fe excesiva en el fenómeno que se introduce en nuestro medio, puede resultar perjudicial. Quien esté constructivamente interesado en la industrialización como un medio de resolver nuestros problemas debe estar atento a sus repercusiones para percatarse, no únicamente de sus efectos favorables, sino también de los desfavorables. Debe recordarse que no existe un remedio para los problemas humanos que pueda alardear de perfección en todos los sentidos. El purgante que cura al individuo indigesto puede matar a quien sufre un ataque de apendicitis. La industrialización es un magnífico remedio, pleno de esperanzas respaldadas por las experiencias previas del hombre en distintas épocas y lugares. Pero ante él es muy conveniente mantener de continuo una actitud valorativa. Toda empresa humana, sea ya individual o colectiva, debe orientarse desde el principio hasta el fin a base de una evaluación justa y confiable. No de otro modo pueden discernirse las fallas y los errores. Hay que juzgar continuamente todas las influencias de la industrialización rápida, no sólo con el propósito de sentirnos alentados por sus efectos positivos, sino además para poder reorientar el esfuerzo industrializador en aquellos aspectos en que se disciernen consecuencias perjudiciales.

En nuestro enfoque esencialmente especulativo de los efectos de la industrialización rápida sobre la familia puertorriqueña hemos vislumbrado muchas repercusiones positivas, pero también hemos presentado algunos efectos desventajosos, ante los que debemos asumir, si es que la investigación rigurosa lo comprueba, una acción remediadora y, hasta donde se pueda, preventiva.

Muchas de estas conjeturas les parecerán a ustedes excesivamente obvias, muy fáciles de dar por descontadas. Pero advertimos que no es buena la actitud de dar por obvias muchas cosas en la vida. Lo obvio no es siempre lo cierto. La historia

de la ciencia tal vez podría escribirse partiendo de aquellos fenómenos que, a lo largo de los siglos, se consideraron obvios y que, cuando se adoptó ante ellos una posición indagadora y crítica, no resultaron ser tan obvios. Lo obvio no debe serlo hasta que no se pruebe científicamente que lo es.

Veamos ahora nuestras conjeturas.

Uno de los efectos de la industrialización rápida sobre el hogar puertorriqueño del que podemos estar más confiados es la seguridad económica que provee. A mejores oportunidades de empleo, mayor facilidad para ganarnos la vida digna y honradamente, proveyendo como consecuencia el sentimiento de seguridad en el hogar de que las necesidades básicas van a satisfacerse día tras día. La implicación psicológica de la seguridad del pan es profunda. Poco significan muchas otras cosas —a menudo consideradas fundamentales— sin el pan de cada día en nuestra mesa. No pecamos de materialistas al decir que la satisfacción del hambre del estómago es una condición esencial para que el ser humano se disponga a luchar por otras necesidades. Esa es —entendemos nosotros— la realidad en carne viva. El sentimiento de seguridad que emana del hecho de que el sustento diario va a aparecer es algo que repercute de manera muy poderosa en todos los ámbitos de la vida del hombre. A pesar de todos los romanticismos ilusorios, la lucha del ser humano por el pan ha sido, es y será siempre una lucha primaria.

Tal seguridad económica tiene múltiples proyecciones. Se ensanchan las facilidades recreativas de la familia. Los niños, los adolescentes y los adultos necesitan el recreo, del paréntesis que descansa y anima para el esfuerzo subsiguiente. La higiene mental nos dice que el ser humano necesita recrearse para conseguir su bienestar psicológico. Se abren anchamente las oportunidades educativas de los hijos, ya que al poder trabajar los padres, más tiempo pueden estar aquéllos en la escuela sin necesidad de que contribuyan al sostenimiento de la casa. Mejórase la alimentación, tanto en cantidad como en calidad. Se preserva y se mejora la salud del cuerpo. El hombre, alentado

por el trabajo que dignifica, viste más limpio y apropiadamente. Amortíguase la amenaza del espectro del desempleo que había vivido como huésped altanero e insolente en muchos hogares puertorriqueños. Se mejoran las relaciones entre los miembros de la familia y entre los vecinos porque bajan las ansiedades y tensiones que provoca el esfuerzo estéril del hombre ante sus problemas críticos. Sube el nivel físico, social y espiritual de la familia. No sólo se palpa una mejora en el funcionamiento del hogar, sino que su estructura física se va tornando más atractiva y acogedora. Por consecuencia se progresa en el aspecto de la higiene y la comodidad. Se embellecen los alrededores y los interiores de la casa. Brotan las aspiraciones, antes muchas veces tronchadas por la bestia de la miseria. Hay más vida, esperanza e ilusión en los que cohabitan el mismo techo.

El factor económico afecta profundamente todos los aspectos de la vida del hombre. La felicidad en medio de la miseria, al estilo de Diógenes, es una patraña del romántico o una seria anormalidad psicológica. Para ser feliz, feliz en un sentido humano, el hombre necesita ganarse la vida con decoro, sostener adecuadamente su familia, divertirse, vestir con propiedad, educar a sus hijos, alentar aspiraciones, proyectarse en su ambiente y hacia el Universo. El pan de cada día sigue teniendo la prioridad que le concede el Padrenuestro.

La industrialización es una mina de oportunidades para el desenvolvimiento vocacional del puertorriqueño. La forja de aspiraciones —aspecto fundamental de la preocupación de los padres por los hijos— encuentra ahora una variedad mayor de caminos por donde canalizar el esfuerzo de aquéllos por habilitarse para ganarse la vida. Recuerdo en mi temprana adolescencia, adentrado en el distrito rural de Moca, cómo la amonestación estimulante de los padres de escasos medios a los hijos a menudo se limitaba a la estrecha dicotomía de que “tendrás que jalar la azada si no te haces maestro”. Eran dos las sendas factibles en el cuadro de aspiraciones del adolescente de limitados recursos económicos: la faena agrícola —mucho

más probable debido a la estrechez económica imperante —y la de enseñar, que constituía en realidad una cara ambición. No pocos padres —muchos más que ahora— albergaban la esperanza de ver a su hijo ganarse el cheque mensual vestido de limpio en la escuelita del campo. La perspectiva vocacional para el adolescente de hoy se ha ampliado de una manera notable. En lugar de dos caminos, que por dificultades económicas tendían a reducirse a uno solo, el adolescente de ahora tiene ante sí diversos senderos. La industrialización abre nuevos cauces para las aspiraciones, facilitando mejores ajustes vocacionales que a la vez repercutirán en mayor satisfacción y felicidad, ya que un requisito imprescindible para lograr el bienestar psicológico es tener una ocupación a la que el individuo se dedique con gusto y entusiasmo.

Las aptitudes manuales hallan ahora más facilidades de desarrollo, lo que redundará sin duda en un mejor ajuste vocacional para el puertorriqueño. Porque la verdad es que en todas nuestras profesiones hay muchos que se equivocaron en la selección. Enfrentados a un torpe tradicionalismo que entendía que las únicas ocupaciones decentes del hombre podían contarse con los dedos de una mano, muchos individuos se preparaban y aún se preparan para maestrós, abogados, ingenieros y médicos sin contar con el interés y la disposición que se requieren para desempeñar con regocijo tales faenas. Teníamos clavada entre ceja y ceja la falsa convicción de que el trabajador de las manos era menos que el trabajador de las ideas. Aparte de que en tal creencia se implicaba falazmente de que las manos funcionan sin la dirección del cerebro y de que éste no necesita de las manos, estaba envuelto el no menos estúpido parecer de que la labor manual era denigrante, a despecho de la ingente creación del hombre mediante el uso experto de sus dedos.

Ante el fenómeno de la industrialización, se ensancha el panorama vocacional de los hijos y hasta el de los padres. Como consecuencia, aumenta la probabilidad de que el individuo pueda ganarse el sustento con satisfacción, ya que es mayor la

oportunidad de sentir el júbilo de hacer su tarea con gusto. En tal dirección creemos que la industrialización está abriendo nuevos canales para el desarrollo de las potencialidades del puertorriqueño.

El estímulo para prepararse vocacionalmente es marcado y prometedor. Las fábricas no son sólo fábricas, sino escuelas también, ampliándose las facilidades educativas de los miembros del hogar. Aunque algunas fábricas se vayan, permanecerá en la Isla el adiestramiento que han recibido los que en ellas han laborado. Todo el adiestramiento —el que se ha adquirido en escuelas y talleres para poder aprovechar la oportunidad de trabajo así como el que se ha logrado mientras se trabaja— constituye por sí una ganancia duradera. El que emigra de nuestro país en búsqueda de mejor ambiente en el exterior puede llevar consigo el haber de ese adiestramiento que le ayudará a abrirse paso en el nuevo medio.

~~XXX~~ Una tendencia en la juventud puertorriqueña —especialmente la que vive en la zona rural— es casarse temprano. La búsqueda de las causas de tal inclinación constituiría un estudio de mérito. Conjeturamos que no pocas muchachas buscan casarse temprano movidas, en parte, por causas económicas. Debe recordarse que la razón básica tras el matrimonio, más que romántica o sentimental, es una razón económica. Dicho sea de paso, recuerdo haber oído decir al Dr. Ralph Linton, famoso antropólogo norteamericano, que las causas de la desintegración del hogar en los Estados Unidos radicaban en el tren de lavado y en el restorán. Como el primero lava la ropa y el segundo da la comida, el hombre no tiene que ir al matrimonio para satisfacer estas necesidades. Volviendo a nuestro tema, puede que muchas adolescentes no se sientan tan precozmente precipitadas al matrimonio porque ya pueden ganarse la vida mediante el empleo en las fábricas. De ser esto cierto, las consecuencias son beneficiosas, ya que uno de los factores contribuyentes a los hogares rotos es la inmadurez de los cónyuges para afrontar los problemas de la vida matrimonial.

Por otra parte, la industrialización puede contribuir a au-

mentar la estabilidad del matrimonio. La inestabilidad económica es indudablemente un factor de peso en la desintegración del hogar. Como sus miembros a menudo carecen de la preparación que requiere nuestro estrecho ambiente ocupacional, es de esperarse que tengan serias dificultades en ganarse la vida y mantener el hogar debidamente. De la privación económica se salta fácilmente a la desintegración psicológica, con los conflictos, las frustraciones y las ansiedades que entorpecen la marcha armónica de la familia. Por consecuencia surgen el divorcio, la separación y el abandono.

La industrialización puede aumentar la estabilidad de estos hogares, proveyendo a sus miembros medios de subsistencia tras un adiestramiento que en la gran mayoría de los casos puede lograrse en relativamente breve tiempo.

Uno de los signos más enaltecedores de este siglo es la creciente emancipación de la mujer. Habla muy bien del ser humano el impulso que se ha dado al justiciero empeño de colocar a ésta en el mismo nivel del hombre. El mal llamado sexo débil —la supuesta debilidad que el hombre le ha atribuído a la mujer no resiste el peso de la evidencia ni siquiera en el aspecto físico-fisiológico— cada día gana un lugar más destacado en los asuntos de la sociedad. La exaltación de la mujer desde los tiempos en que era una simple cosa poseída por el hombre hasta el nivel que ocupa en la actualidad constituye una de las jornadas más nobles y dignificantes de toda la epopeya cívica del ser humano. Entre las razones por las que la mujer se consideraba inferior al hombre estaba su falta de independencia económica. Como la oportunidad de prepararse le era negada, excepción hecha de las faenas caseras, no podía compartir con el hombre las ocupaciones fuera del hogar. De la dependencia económica, fácilmente pasaba la mujer a ser dependiente del sexo masculino en otros aspectos significativos de la vida. La industrialización en todos los lugares del mundo ha coadyuvado a la independencia económica de la mujer y consiguientemente a emanciparla de la tara de inferioridad que le prohibía ocupar su sitio merecido en los asuntos de la sociedad.

En épocas de guerra la mujer ha realizado en los tiempos modernos las labores que por tradición corresponden al hombre. Un ejemplo: Durante la Segunda Guerra Mundial muchas mujeres ocuparon el lugar de los hombres en las fábricas de aviones y otros artefactos bélicos. Se había creído erróneamente que la mujer era, por razones innatas, inferior al hombre en los aspectos mecánicos y manuales de la vida. Hasta en investigaciones aparentemente científicas se había interpretado la inferioridad femenina en los tests de aptitud mecánica como algo inherentemente ligado a la naturaleza de la mujer, desestimándose los efectos de los factores ambientales y culturales en tales diferencias. Cuando hubo la necesidad de emplear mujeres porque los hombres estaban ocupados en el frente de batalla, la mujer desempeñó la labor de los hombres a las mil maravillas. Y no sólo las mujeres hicieron aviones de una manera tan diestra como los hacían los hombres, sino que hasta superaron a éstos en la labor. Debemos aguardar que la industrialización en Puerto Rico, proveyendo como provee facilidades de empleo para la mujer, contribuya a que ésta logre mayor justicia y libertad.

Las mejores oportunidades de trabajo pueden resultar en otra proyección que toque significativamente el problema poblacional de Puerto Rico. La necesidad de mantenerse en condiciones de trabajar puede conducir a la mujer al uso sabio de medidas contraceptivas. Conjeturamos que la industrialización estimula la disminución del número de hijos en los hogares puertorriqueños.

Claro que la independencia económica de la mujer promueve problemas que exigen una reorganización del hogar. Generalmente se supone que el hogar se desorganiza. No tiene necesariamente que ser desorganización. Lo que aparece como desorganización muy bien puede ser reorganización. El asunto exige estudio prolongado e intenso a fin de ir remediando y previniendo los efectos perjudiciales de un magnífico logro humano, cual es la emancipación de la mujer.

La sirvienta en Puerto Rico representa un residuo de esclavitud.

vitud. La sirvienta es la mujer mal tratada y excesivamente trabajada que realiza múltiples tareas por un salario miserable. La empleada que, como se oye decir con frecuencia, "no sirve para nada pero hace tanta falta", está en vías de desaparecer de nuestra zona metropolitana. Las fábricas proveen un medio más digno y mejor remunerado de ganarse la vida. La palabra *sirvienta* está cuajada de injusticia y de falta de respeto a la personalidad humana.

Más que una desventaja, creemos que a la larga la ausencia de la sirvienta constituye una ventaja para el hogar. En muchos casos la ama de casa había delegado en la sirvienta funciones para las que ésta no estaba preparada, tales como la tarea de cuidar los niños. La sirvienta es un remanente de esclavitud en un siglo que se destaca por el esfuerzo de liberar y dignificar al ser humano. Además, la ausencia de la sirvienta puede contribuir a estrechar los lazos entre los miembros de la familia; como que el esposo y los hijos se ven más obligados a cooperar en la labor común de atender los asuntos domésticos. En tal labor conjunta, realizada en un lugar que es de todos, puede haber más oportunidad para el intercambio de ideas, para la cooperación, para el desarrollo del sentimiento de pertenencia y unidad. Y hasta el esposo puede derivar una mejor apreciación de lo que realmente es el trabajo doméstico.

La ocupación de la mujer en las tareas industriales deja huecos en el hogar que demandan considerarse. El cansancio de ella al regresar de la fábrica posiblemente se refleje adversamente en el desempeño de sus funciones como ama de casa. La falta de atención a la labor doméstica por parte de la mujer puede ser un factor que precipite disensiones en el seno del hogar. Este es un asunto que requerirá sin duda un reajuste a fin de que los miembros de la familia se adapten a las nuevas circunstancias, de manera que los oficios caseros se realicen por todos según el tiempo libre de que disponga cada miembro de la familia.

✓ La ausencia de ambos padres en aquellos hogares donde los cónyuges trabajan fuera deja a los hijos sin la orientación

necesaria. Con el incremento industrial debe aguardarse que el número de hijos que permanecen sin la supervisión y el cuidado de los padres vaya también en aumento. Al deambular los niños por el vecindario aumenta la posibilidad de que operen los factores que contribuyen a la conducta delictiva, perjudicándose así el desarrollo moral de la niñez. Varios maestros nos han informado que los problemas de disciplina han aumentado en las escuelas que radican en lugares donde se han concentrado las fábricas.

El problema de los hijos carentes de atención y cuidado requerirá eventualmente remedios más efectivos. Uno de éstos podría ser el establecimiento de escuelas hogares cuya misión sería cuidar a los niños mientras sus padres trabajan. Puede pensarse hasta en la posibilidad de que las mismas fábricas sufragen los gastos que se incurran en este servicio social. También podrían mejorarse las facilidades educativas y recreativas en aquellos sitios donde se aglomeran las fábricas. Sin lugar a dudas, el desarrollo industrial requerirá un creciente servicio social en estos aspectos apuntados.

También suponemos un éxodo desde la zona rural hasta la zona urbana donde se han establecido fábricas. Sospechamos que conseguir que el hombre rural permanezca en su medio campesino constituirá en lo futuro un problema más complejo y difícil de lo que es actualmente. En algunos casos la mujer se adelanta al hombre en emprender el camino hacia la ciudad, pero en la mayoría de los casos es el marido quien se dirige a los centros urbanos en busca de mejores medios de vivir. Tal circunstancia puede dar origen a problemas tales como abandono de la familia, prostitución e hijos ilegítimos.

La movilidad del campo hacia la ciudad, tanto de hombres como de mujeres, constituye un problema que demanda cuidadosa atención. Aun cuando tal movimiento poblacional sea deseable, requiérese tomar medidas a fin de orientar al campesino sobre los problemas y las dificultades con que va a tropezarse en el medio urbano. Está por delante del hombre rural el problema de adaptarse a un nuevo ambiente, con circuns-

tancias distintas a las que caracterizan la vida en el campo. Todo esto puede dar origen a la necesidad de orientar sistemáticamente al campesino, facilitarle el ajuste al nuevo medio y ayudarle a resolver sus problemas. De esta movilidad puede surgir también el problema de los arrabales, debido especialmente a la carencia de viviendas apropiadas cerca de las fábricas.

Todos éstos son problemas que pueden aparecer o agravarse según proceda el esfuerzo industrializador. Ningún país que se ha empeñado en industrializarse ha dejado de experimentarlos. Conviene mucho estar alertas, en plan de remediar y, si es posible, prevenir tales efectos perjudiciales. De esa manera la industrialización en Puerto Rico constituirá una fuerza mucho más eficaz hacia la meta de ayudar al pueblo puertorriqueño a resolver sus problemas. La industrialización es una medicina que ayudará a nuestro país a sanar de sus dolencias sociales y económicas, pero como toda medicina —no importa lo efectiva y beneficiosa que sea— necesita la atención constante a fin de que puedan tomarse las medidas necesarias cuando las reacciones sean desfavorables.

X